

## 18. Profesión de esperanza

¿Cómo la vida comunitaria que se nos pide en el monasterio debe encarnar y expresar la esperanza y hacernos caminar en ella, como se pide a todo discípulo de Cristo que de diversas maneras y formas está llamado a ser Iglesia en comunión con los demás?

Pienso en el versículo del Salmo 118 que san Benito canta en el momento de la profesión monástica: “Sostenme con tu promesa, y viviré, que no quede frustrada mi esperanza” (Sal 118,116). San Benito lo hace cantar tres veces por el nuevo profeso, y cada vez la comunidad debe repetirlo, añadiendo al final el *Gloria Patri*. Luego el profeso se postra a los pies de cada monje para pedir su oración. San Benito añade: “Y desde ese momento será considerado miembro de la comunidad” (cf. RB 58,21-23).

La pertenencia a una comunidad se pide y se vive con el deseo de que se cumpla la promesa de vida que nos hizo el Señor y, por tanto, dentro de una esperanza. Se vive en comunidad para que se cumpla la promesa de vida plena, de vida eterna, que nos hizo el Señor muerto y resucitado por nosotros. La comunidad, aceptando esta profesión de esperanza de “vida verdadera y eterna” (RB Pro. 17), se compromete a ayudar a cada uno de sus miembros a vivir en esta esperanza, a cultivarla juntos, a reavivarla y renovarla siempre de nuevo.

¿Cómo se hace esto? ¿Cómo lo vivimos? Quisiera esbozar algunos aspectos de este compromiso comunitario de vivir la esperanza, para ayudarnos a ser conscientes de que es precisamente esto lo que salva a una comunidad, siempre y en todo caso, aunque tenga que morir, y lo que nos permite vivir nuestra vocación y misión con plenitud, alegría y libertad, pase lo que pase.

Lo primero que me parece importante subrayar es que estamos llamados a mirarnos unos a otros con esperanza. Hemos visto cómo San Benito acoge al hermano pidiendo a la comunidad que haga suya su profesión de esperanza en la promesa del Señor. En ese momento, después de todo el camino de formación en el que se puso a prueba su vocación, es como si la comunidad mirara solo a la esperanza para definir la idoneidad del hermano para seguir a Cristo en el monasterio. De repente, ya no se mira lo que uno es o no es, si tiene cualidades o defectos, si ya es casi un santo o un pobre pecador, sino su deseo, su espera de la plenitud que sólo Cristo puede darnos, de ahí su esperanza. Al final es la comunidad, y no tanto Dios, la que no debe defraudar la esperanza de este nuevo hermano.

Mirar al otro, no sólo a los miembros de nuestra comunidad, sino a todos, centrándonos en su esperanza, uniéndonos a su esperanza, es una mirada que amplía hasta el infinito las relaciones humanas, las relaciones comunitarias. Por supuesto, podemos y debemos mirar con lucidez las limitaciones, los problemas, las miserias que existen en todos, pero una mirada a la esperanza y en la esperanza nos permite no encerrar al otro, ni siquiera a nosotros mismos, en los límites de nuestras propias limitaciones. Porque la promesa de vida que el Señor hace a cada

uno es infinitamente más grande que nuestras limitaciones. No podemos creer más en nuestras limitaciones que en el Señor que promete la vida eterna y la santidad.

Pensemos en cómo Jesús miraba a cada persona, pero especialmente a sus discípulos. Les llamó a seguirle para cumplir con Él su misión ilimitada de amor y entrega. Los límites surgían constantemente en ellos y entre ellos. Humanamente eran un desastre, como lo somos a menudo nosotros y nuestras comunidades. Pero Jesús nunca permitió que su mirada se encerrara en las limitaciones de los discípulos, de cualquier persona con la que se encontrara. Por eso también podía ser severo, corregirles con dureza, como hizo con Pedro, pero lo hacía precisamente porque les miraba sin perder el horizonte de la esperanza.

La carta más breve de San Bernardo consta de sólo 14 palabras. Está dirigida al Papa cisterciense Eugenio III para recomendarle a un joven, tal vez con el fin de que se forme para una vocación al servicio de la Iglesia. Bernardo escribe: "*Mittimus ad te iuvenem pudicum, ut aiunt, litteratum, pro aetate. Cetera sunt in spe.* – Te enviamos un joven recatado y, como se dice, ya instruido para su edad. Todo lo demás está en la esperanza." (Carta 537)

"Todo lo demás está en la esperanza". Qué hermoso sería que supiéramos mirar las cualidades y defectos de los demás con esta cláusula siempre abierta, abierta a lo infinito, a lo imposible que la gracia de Dios promete a cada vida y puede cumplir siempre. Sin esta mirada, sin esta apertura de esperanza, las relaciones comunitarias no son cristianas, no son aquello por lo que se dan ni aquello que se les pide.

Incluso con Jesús, si no tenemos esta mirada, corremos el riesgo de acabar como Judas. En cambio, Pedro, incluso sin comprender, incluso siendo incapaz de superarse a sí mismo, ha mantenido siempre esta apertura. Como cuando respondió en Cafarnaún: "Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios." (Jn 6,68-69)

¿Tenemos esperanza en nuestra mirada a los demás y a nosotros mismos?